

La salmonicultura en Magallanes

No hace muchos años, mientras ejercía el cargo de Seremi de Economía se presentó el grandísimo problema del virus ISA que afectó a los centros de cultivos de salmónes en las regiones colindantes a la nuestra. Un análisis profundo detectó mucho daño y suciedad en el fondo marino y el cierre y ruina de numerosas empresas por las nuevas condiciones impuestas para su desarrollo.

Magallanes estuvo en la mira de muchos, debido a que esta región se presenta prístina para el desarrollo de esta industria, más aún que hay muchísimos más lugares que en las regiones afectadas donde establecer los centros de cultivo, lo que generó una serie de cuestionamientos por parte de la pesquería artesanal, por el turismo, por los ambientalistas y también por los pueblos originarios.

En su oportunidad hice un análisis que dejó tranquilos a todos: “No importa que sean cientos o algunos miles de solicitudes de concesiones para el establecimiento de ellas, las características propias de nuestra región sólo permitirá unas cuantas”. Es más, y con ello casi me cuesta el puesto, afirmé en una entrevista que “en Magallanes la salmonicultura a gran escala, como se temía, era imposible e impensable”. Por lo anterior, todos los detractores de esta industria quedaron tranquilos y quienes las desarrollaban continuaron con sus procesos, pues no generan mayores trastornos que cualquier otro rubro en otra parte.

El razonamiento fue simple: A pesar de que en Magallanes hay miles de lugares donde pudieran instalarse centros de cultivo, y teniendo en cuenta que la enormidad del territorio impediría poder ver una cerca de otra, el establecimiento de sólo una, implicaba considerar mano de obra que en la región escaseaba; requeriría necesidad de servicios que la comunidad local no podía satisfacer; que el tratamiento del producto requeriría de enormes plantas y con ello numeroso personal; que los desechos deberían tratarse o en vertederos industriales que en la región no existen o en plantas elaboradoras de harina de pescado, cuya implementación demandaría, a su vez de personal. La falta de mano de obra obligaría a traer personas de otras regiones, que pretenderían mudarse con sus familias, y con ello nace la necesidad de habitación, de educación y salud para todos ellos.

Sólo ese factor resultaba fundamental para inhibir el temor de los sectores pesquero, turístico, ambiental y étnico, pues a pesar de que tenemos una región extensa, las ciudades que la constituyen no tienen capacidad para albergar a decenas de miles de personas que podrían arribar como una migración catastrófica. El crecimiento poblacional es el más lento de todo el país.

Nuestro territorio es enorme, pero también es frágil. Sea en los canales, en los hielos, en la pampa o en los bosques, todo lo que se pretenda desarrollar debe ser cuidadosamente intervenido. Eso no significa no avanzar, pues sino estaremos destinados a perderlo todo y

a quedar relegados a la pobreza social, mientras los vecinos siguen creciendo exponencialmente.